

cha conmemorativa, en vez de hacer pasar la hoja en un bostezo desatento capaz de durar otros cien años, inaugura una labor firme en el conocimiento de nuestro gran pintor, acaso la mayor aportación de España a la historia del arte del mundo.

No ha aparecido, a pesar de estar prometida para Enero, la obra de Mr. Desparmet Fitzgerald, que está anunciada como un intento de depuración definitiva del catálogo de la obra goyesca. Desearemos que lo sea, aunque los prospectos repartidos con specimens de las papeletas y de las reproducciones tuviesen lamentables errores, de los que hay que desear salga purgada la obra misma. Y más de lamentar todavía es que la casa editora de los «Klassiker der Kunst» haya aplazado la aparición del tomo de Goya, obra monumental que prepara—y será en dicha serie el primer tomo, cuya primera edición se encarga a un español—el Sr. Allende Salazar, nuestra superior autoridad en cuestiones goyescas.—**ENRIQUE LAFUENTE.**—(LA GACETA LITERARIA, Madrid).

Max Jacob y la libertad

Con este título se lee en un número reciente de la *Nouvelle Revue Française* un agudo artículo escrito por el crítico Jean Cassou. De las observa-

ciones que contiene este trabajo sobre la obra de Max Jacob, vamos a extraer algunos que nos parecen de interés para nuestros lectores. Los libros de Max Jacob tienen en Chile pocos lectores. El artículo de Cassou debe servir sin duda para aumentar el número de los gustadores de una obra literaria tan interesante.

Cassou comienza por aludir a la extendida noción de que los franceses son el pueblo más espiritual de la tierra, continúa examinando la línea tradicional de los escritores de su país, Rabelais, Montaigne, Voltaire y los Enciclopedistas, estudia de paso el caso de Flaubert y asienta sobre el simbolismo esta curiosa observación: «El simbolismo, después del romanticismo, desnudó de nuevo el alma humana de todo lo que no era ella misma, anuló en torno a ella los embates de lo real, de lo social y de lo político, y le restituyó sus posibilidades menos previsibles. El poeta simbolista no tuvo siquiera necesidad de gritar: ¡Viva la anarquía! Hacer un poema era ya para él un acto de anarquía».

Luego se ocupa en establecer cuáles han sido, después del simbolismo, las vicisitudes de ese especial espíritu y alude a André Gide, del cual dice: «Es el hombre al cual tenemos que referirnos siempre que se quiere trazar el cuadro espiri-

tual de nuestro tiempo y llega, separando el placer del sentimiento y por sus diversas audacias analíticas, a establecer en él una claridad que no debe nada a las disciplinas en que ha sido formado».

Al lado de Gide, Jacob, sigue diciendo Cassou, «es el espíritu mejor dispuesto para todos esos ejercicios, esas fugas, esas reducciones». «Pero Gide—agrega—no puede separarse de sí mismo, a pesar de todas sus tentativas, y su obra es una serie de actitudes en que, haya lo que haya, está él todo entero».

«Nada de lo que hace Max Jacob—escribe en seguida Cassou—toca tierra, y él, con sus poemas en prosa, es inventor de un arte que imita el arte y de un mundo que no es sino la sombra de los mundos poéticos conocidos hasta hoy. Dibuja los trazos más sinuosos, que rebotan en otra parte en el momento en que iban a determinar el menor parecido. En cada momento se cree presentir el museo en que ha cogido la forma que parodia, pero este presentimiento se desvanece en seguida, y una vez terminado el poema, tenemos en las manos un objeto inominado y dotado de cierta vida monstruosa y diabólica».

Luego, profundizando más el análisis, asienta Cassou un aspecto muy característico de la obra de Jacob: «Pero—escribe

—donde Max Jacob muestra su más viva agilidad y el más alto grado de su insolencia, es cuando, después de haber disuelto las expresiones de los hombres en una insignificancia ilimitada y bajo la cual no podemos cogerlo, ni él, ni nadie, ni nada en el mundo, se disfraza él mismo de burgués y toma imperturbablemente por su cuenta los interminables discursos con que el burgués hace notar sus virtudes, su razón, su sentido de lo útil y de lo grave, su avaricia, su solemnidad, su satisfacción. La más audaz negación que puede hacerse de una cosa es reproducirla. He aquí un espíritu tan volátil y tan ligero que ninguna forma lo contiene, y un escritor tan libre que se puede decir de él que no tiene ningún estilo. Nada se expresa por él sino una sutil bufonería en que se anonada toda expresión de lo real. Pero de pronto se le coge: ha tomado un parecido. Mejor aún: se ha confundido; helo aquí diluido en ese ser ordinario e innumerable en que se ha absorbido la forma actual de la humanidad. Y la más cruel sátira que de él haya podido hacerse, es aplicarse con tanto cuidado a esta vertiginosa monería».

«Una ironía suprema de Max Jacob—agrega luego Cassou—para la consideración del burgués y la invención más sangrienta que haya encontrado

para burlarse de él, es hacerse católico». «La mitología católica le ha proporcionado una colección de personajes más o menos alados, en el ejemplo de los cuales puede admirar su propio gusto de las metamorfosis. Pero, sobre todo, la religión le propone un modo de conocimiento que no debe nada a la razón y una disposición a restablecer como cuestiones las cosas sobre las cuales el co-

mún de los hombres creía haber podido fijar un acuerdo inquebrantable».

La técnica literaria de Max Jacob equivale, según Cassou, en literatura a la técnica pictórica de Picasso y del aduanero Rousseau o, mejor aún, de Georges Rouault, que se distingue lo mismo que Jacob, por ser católico y por su odio a lo trivial del burgués.—S.